

# LIBROS

## La América de José Martí

Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma.

(J. MARTÍ)

José Martí nació el 28 de enero de 1853 en La Habana, hijo de un sargento valenciano y de una isleña descendiente de canarios. En la Escuela Superior Municipal de Varones, a cargo de Rafael

blica Española ante la Revolución Cubana, obviamente desoído. Más tarde viaja a México y, posteriormente, a Guatemala, donde desempeña cargos académicos hasta 1878, en que la paz de Zanjón posibilita su regreso a Cuba. El período de residencia en la isla es corto, pero fructífero. En un año escaso, la infatigable actividad de Martí siembra en la isla un rosario de activos centros de conspiración anticolonial, lo que le vale un nuevo destierro a la metrópoli. De España logra huir a los Estados Unidos, donde el 10 de octubre de 1889 celebra en Nueva York el aniversario del frustrado Grito de Yara de 1868. Cinco años más tarde, en las postrimerías de 1894, Martí ultima los preparativos para llevar a cabo el Plan de Fernandina, con el que se persigue la invasión de la isla desde tres puntos distintos. Conocido por las autenticidades coloniales españolas,

José Martí es uno de los primeros en caer. Su siembra iba a tardar sesenta y cuatro años en dar sus frutos más genuinos.

Escritor infatigable, la obra de José Martí no quedó confinada al ámbito político. Su capacidad de creación lírica quedó plasmada en tres cancioneros: *Ismaelillo*, *Versos sencillos* y *Versos libres*. Como dramaturgo hay que señalar *Abdala* y *Amor con amor se paga*. Hombre de una gran cultura literaria, sus preocupaciones estéticas dieron forma a varios ensayos biográficos, *Oscar Wilde* y *Walt Whitman*, entre otros. De sus escritos políticos son de mención, aparte de los citados más arriba, *Cuba y los Estados Unidos* y *Norteamericanos*. Sin embargo, quizá donde mejor quedó expresada la continental grandezza de este cubano precursor, así como su amplia y generosa capacidad de comprensión, fue en sus artículos periodísticos, escritos en su mayoría entre 1889 y 1895, aparecidos en México, Buenos Aires, Tampa, Nueva York y recopilados en el libro «Nuestra América» (1). Se percibe en ellos no sólo la preocupación inmediata del hombre que labora por la liberación de su patria, sino también, y fundamentalmente, la aguda mirada del revolucionario proyectado hacia el futuro, discerniendo la problemática de una revolución y de una política continental amenazadas por el coloso del Norte y dificultada por el complejo de todo un mosaico de peculiaridades y modos de vida en modo alguno jerarquizables. Junto a esto vibra en «Nuestra América» la emoción del autor al glosar gestas como la de San Martín, la de Bolívar; al trazar cariñosos retratos de las Repúblicas hermanas, al bucear en el pasado étnico y artístico americano, así como queda patente su ideario político en documentos tan significativos como el referido al Partido Revolucionario Cubano y el Manifiesto de Monte Christi. «Nuestra América» constituye, en fin, una sólida plataforma de aproximación a la historia de la Emancipación Americana, a través precisamente de una de sus figuras más actuales y señeras. ■ **EDUARDO CHAMORRO.**

(1) *Nuestra América*. José Martí. Ediciones Ariel, S. A., 1970.

## JERZY GROTOWSKY TEATRO LABORATORIO

«No se puede aprender con métodos establecidos. Es in-

fantil que tratéis de encontrar fuera de vosotros mismos la forma de interpretar un papel determinado, la forma de modular la voz, la forma de hablar o de moveros. Os encontraréis con una serie de clichés establecidos que no merecen que os molestéis en aprenderlos. No utilizéis estos métodos establecidos: vuestro trabajo resultará estereotipado». Así empieza Grotowsky su Conferencia de Skara, uno de los textos incluidos en el volumen que la Editorial Tusquets —número 11 de sus Cuadernos Infimos— le ha dedicado.

Inútil insistir en la importancia de este Cuaderno dentro de la bibliografía teatral española. Se trata de uno de los hombres fundamentales de la teoría teatral contemporánea, que ha padecido los riesgos de ser aceptado antes de ser entendido y estudiado. Paradoja, por otra parte, nada nueva, pues ha ocurrido ya muchas veces que ciertos creadores fueran magnificados a partir de una aproximación intuitiva a sus postulados básicos, sin esperar a conocer su desarrollo. La «desnudez» y la «pobreza» del teatro grotowskyano han operado, frente al doctrinarismo y la enfática complejidad de una parte del teatro contemporáneo, como un revulsivo, y verdaderas legiones de hombres de teatro se han embarcado en esa «búsqueda de uno mismo» predicada por el polaco. Unos —y recordamos en este sentido la entrevista que hicimos a Grotowsky para TRIUNFO cuando vino a Madrid—, intentando responder a las incitaciones del Teatro Laboratorio con sus propias y auténticas investigaciones; otros, buscando en Grotowsky una especie de ambigua autoridad sacralizada en cuyo nombre realizar los espectáculos. Actitud, según ya es sabido y repiten las líneas con que iniciamos este comentario, que molesta profundamente al director del Teatro Laboratorio.

El Cuaderno que nos ocupa tiene el doble valor de divulgar una serie de textos fundamentales de primera mano y de evidenciar hasta qué punto está fuera de lugar una adhesión incondicionada a las ideas de Grotowsky. Sus diversos trabajos, más que explicitación de un método, son siempre una sucesión de interrogantes, cuya respuesta corresponde a cada uno de nosotros. Importantísima es también la introducción de Peter Brook, en la que el gran director inglés señala el valor y los posibles límites de la inves-

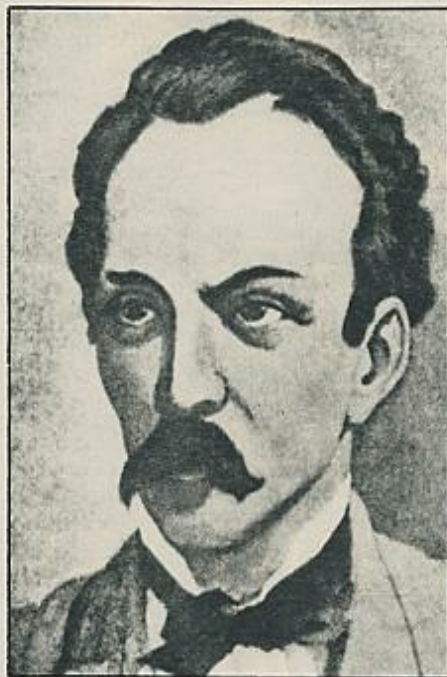
tigación grotowskyana, poco atenta —y aquí Brook invoca la particularidad de la tradición del teatro isabelino, bien distinta a la que informa el teatro polaco— a la significación del público y un tanto cerrada sobre el despojamiento del actor.

Sintetizar aquí las dudas e ideas de Grotowsky sería imposible. Después de los tres números que la revista «Primer Acto» había dedicado a Grotowsky, es este, probablemente, el primer intento editorial español serio por recaptular, en un breve volumen, unos cuantos textos fundamentales del director y teórico polaco. ■ **JOSE MONLEON.**

## Introducción a Piaget

Jean Piaget (1896), conocido fundamentalmente como psicólogo de la infancia, es también filósofo, zoólogo, matemático y sociólogo, pero antes que nada quizá es epistemólogo genético. La difusión creciente de sus obras y la notoria autoridad alcanzada entre los educadores hacen que una y otra se vean intensificadas continuamente con la aparición de nuevos libros. Uno de ellos —y de los más útiles— ha sido editado ahora, cuando ya es conocida en nuestro país buena parte de la obra de Piaget. La *Introducción a Piaget*, del profesor P. G. Richmond (1), constituye en esta ocasión un acierto didáctico, por cuanto facilita la iniciación al pensamiento piagetiano de manera que el acceso a las abstracciones complejas de la psicología es premeditadamente realizado por su autor de manera gradual, tanto en el uso de la terminología como en el de la construcción teórica, resultando accesible a todos los niveles. Naturalmente, la obra fecunda y diversa de Piaget no ha podido ser sintetizada aquí, y tampoco se lo ha propuesto Richmond, que, consciente de sus limitaciones, ha procurado, conforme a su propósito introductorio, articular coherentemente los principales elementos de los trabajos y las teorías piagetianas, exponiendo de un modo directo y sucinto temas de la importancia del «desarrollo de la

(1) P. G. Richmond: *Introducción a Piaget*. 158 págs. Editorial Fundamentos. Madrid, 1970.



María Meldive, Martí se inicia en la ideología emancipadora, reflejada en la correspondencia que mantiene con su amigo Fermín Valdés y cuyo descubrimiento motiva, en 1870, la deportación a España. En la Península, José Martí cursa las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, redacta *El presidio político en Cuba* y se relaciona con los círculos de exiliados antillanos. Al implantarse la República, dirige al Gobierno el alegato *La Repú-*

el plan aborta, pero su fracaso únicamente sirve como experiencia para el Partido Revolucionario Cubano, que el 25 de marzo de 1895, en contacto con los independentistas de Baire, lanza el Manifiesto de Monte Christi —redactado por Martí y Máximo Gómez— iniciándose cuatro días más tarde el desembarco en la isla y la revolución. En uno de los primeros combates, en Dos Ríos, y ante las tropas del coronel Jiménez de Sandoval,